

ID Y EVANGELIZAD

Nº149

www.solidaridad.net

Sin María no hay cristianismo

«El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave para la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia.»

Pablo VI



Sin María no hay cristianismo

Decir que sin María no hay cristianismo no es una afirmación afectiva ni una consigna devocional. Se trata de una convicción que pertenece al núcleo de la fe de la Iglesia desde sus orígenes. Los Padres de la Iglesia lo comprendieron con claridad: en María no solo nace Cristo, sino que la humanidad entra de manera libre y responsable en el diseño de Dios.

San Ireneo de Lyon (S. II) expresó esta verdad con una síntesis insuperable: «Así como por la desobediencia de una virgen el hombre fue atado, así por la obediencia de una virgen fue desatado». María aparece aquí en el lugar en que la historia se reabre: en ella, la Encarnación es un acontecimiento que respeta y eleva la condición humana.

El cristianismo es, ante todo, fe en el Verbo hecho carne. Y la carne de Cristo no es simbólica ni aparente: es carne recibida, aprendida, vivida en una historia concreta. Por eso, san Atanasio afirmará que «el Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre llegase a ser hijo de Dios», y esa «entrada» de Dios en la condición humana se da en María. Separar a Cristo de María conduce, tarde o temprano, a una fe desencarnada, incapaz de abrazar la realidad concreta de la vida y de la historia.

María es también imagen viva de la historia; san Ambrosio lo expresa con fuerza: «María es tipo de la Iglesia en orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo». Antes de ser institución, la Iglesia es madre; antes de enseñar, cree; antes de organizar, engendra. Esta dimensión mariana preserva a la Iglesia de reducirla a estructura o ideología y la mantiene fiel al misterio que sirve.

Desde esta perspectiva, la espiritualidad cristiana no puede entenderse sino como espiritualidad de encarnación. María no huye del mundo: lo acoge. No espiritualiza la historia: posibilita que Dios la habite. Su «hágase» inaugura una lógica que atraviesa toda la misión cristiana: Dios actúa desde dentro de las realidades humanas y no al margen de ellas.

Por eso, María es profundamente coherente con la vocación a la encarnación. Ella vive plenamente en las realidades ordinarias, pero abierta totalmente a Dios. Su fe no la separa del mundo, sino que la compromete con él. En ella se revela que la transformación de las realidades temporales no nace del poder, sino del amor fiel; no de la imposición, sino de la entrega. En clave mariana, la solidaridad no es una estrategia social, sino una forma concreta de encarnación del Evangelio.

En el Calvario, cuando Jesús entrega a su madre al discípulo amado, los Padres de la Iglesia vieron el nacimiento de una maternidad nueva. San Agustín lo expresa con sobriedad: «María es madre de los miembros de Cristo, porque cooperó con su amor a que nacieran en la Iglesia los fieles». Así se revela que la fe cristiana es inseparable del amor a la Iglesia concreta y del compromiso con los más vulnerables y oprimidos.

Decir que sin María no hay cristianismo es afirmar que sin Encarnación no hay salvación, que sin Iglesia no hay Cristo total y que sin amor efectivo al hombre, la fe se vacía. María no sustituye a Cristo: lo hace visible. No detiene la misión: la impulsa. No encierra la fe: la lanza a la historia.

María nos enseña que la verdadera transformación del mundo comienza en la fe, se desarrolla en la vida cotidiana y se extiende a las estructuras humanas. Por ello, hemos querido dedicar este número de nuestra revista a la Madre de todos los hombres. ●

Análisis



El sí que inaugura la historia nueva

Tomás Martín

María, la madre del Redentor, es principio de la fe cristiana y modelo de obediencia a Dios. Su sí muestra cómo la gracia y la libertad humana cooperan en la obra de la salvación. En ella se anticipa la misión de la Iglesia: vivir la fe en comunión, en servicio y en santidad encarnada, transformando la realidad desde dentro. Contemplar a María nos recuerda que la Encarnación es el fundamento permanente de la vida y misión de la Iglesia, y que cada creyente está llamado a colaborar activamente en la obra salvífica de Dios en el mundo. El autor es licenciado en Teología y Filosofía y militante del Movimiento Cultural Cristiano.

El sí de María

El cristianismo comienza con un acontecimiento que parece insignificante: el consentimiento de una mujer en un lugar humilde del mundo antiguo. Desde el punto de vista de la fe, este acto constituye uno de los momentos decisivos de la historia humana. En la respuesta libre de María a la Palabra de Dios se realiza el inicio concreto de la Encarnación y con ella el comienzo del cristianismo.

Antes de la predicación apostólica, antes de la formación de la Iglesia visible y antes del nacimiento de Cristo, existe ya una fe que acoge la iniciativa divina. Por tanto, el cristianismo nace como acto de fe en el que Dios es recibido en la historia humana.

María no pertenece solo a la etapa previa del Evangelio. Ella pertenece al corazón mismo del cristianismo, porque en su sí aparece la primera forma plena de la fe cristiana: escucha de la Palabra, confianza en la promesa y disponibilidad total a la acción de Dios. La fe de María constituye el primer acto plenamente cristiano de la historia y el inicio de una humanidad nueva abierta a la gracia.

Desde el primer momento, esta fe posee un alcance histórico. El Dios que María acoge no es abstracto ni lejano; es el Dios que interviene en la historia humana. El Magníficat revela que la Encarnación introduce una transformación que afecta no solo la relación con Dios, sino también las relaciones humanas y la historia de los pueblos.

La fe de María como lugar teológico de la encarnación

El cristianismo no puede comprenderse adecuadamente si la Encarnación se interpreta solo como un hecho biológico o una intervención sobrenatural externa a la historia. La Encarnación es, en su sentido más profundo, un acontecimiento de alianza: Dios entra en la historia mediante la cooperación libre de la humanidad.

La fe de María constituye el lugar concreto donde esa alianza se realiza de manera plena.

El consentimiento de María representa la aceptación consciente del plan de Dios por parte de la humanidad. En su respuesta libre se expresa, de algún modo, el asentimiento de la creación entera a la obra de la Redención.

María cree sin ver, acepta sin poseer seguridades humanas y se abandona a una palabra cuya realización supera cualquier previsión. Su fe no es solo aceptación intelectual de la verdad revelada, sino la entrega total a la acción de Dios. La libertad alcanza su plenitud cuando se abre al don divino: la respuesta de María no es sumisión pasiva, sino un consentimiento activo.

Desde esta perspectiva, la Encarnación se comprende como el encuentro pleno entre la iniciativa divina y la libertad humana. En ese encuentro comienza la historia nueva. La humanidad se transforma al acoger la gracia y la historia deja de cerrarse sobre sí misma para abrirse a la acción de Dios.

María, el comienzo existencial de la Iglesia y de su misión

Hemos dicho anteriormente que la fe de María constituye el comienzo teológico de la Encarnación y también el comienzo existencial de la historia, allí donde Cristo es recibido en la fe, comienza ya la Iglesia.

Por tanto, María es figura originaria de la Iglesia porque anticipa lo que la Iglesia será en la historia. Escucha la palabra antes que los apóstoles, cree antes que los discípulos y permanece fiel cuando otros muchos dudan. Su relación con Cristo no es solo biológica, sino teológica: acoge la Palabra y la ofrece al mundo.

El Concilio Vaticano II la reconoce como modelo de la Iglesia y discípula perfecta. La Iglesia existe para el mundo. Su misión consiste en prolongar la presencia de Cristo dentro de la historia. Esa misión pertenece de manera específica a los laicos, cuya vocación

consiste en ordenar las realidades temporales según Dios, llevando el espíritu del Evangelio a la familia, al trabajo, a la cultura y a la sociedad.

Esta misión del laico la podemos ver como una prolongación del sí de María. La fe que permite la Encarnación continúa actuando en la historia cuando los creyentes colaboran en la construcción de estructuras más justas y humanas. La transformación social no comienza en los centros de poder, sino en la fidelidad cotidiana de los creyentes.

María es el icono de esa adultez creyente: una fe que no delega su responsabilidad en otros, sino que responde personalmente a la llamada de Dios y coopera activamente con su plan.

Su «hágase» inaugura una transformación silenciosa pero real de la historia. Desde Nazaret comienza la redención del mundo. Esto nos recuerda que la promoción integral de la persona no es un añadido sociológico al cristianismo, sino una exigencia de la Encarnación misma. Si Dios ha asumido la carne humana, toda dimensión de la vida humana, espiritual, cultural, económica y social queda abierta a la acción redentora.

En María aprendemos también la virtud de la solidaridad. No una solidaridad ideológica, sino una solidaridad encarnada: la que la lleva presurosa a servir a Isabel, la que la mantiene firme junto a la Cruz, la que la hace una madre en medio del dolor. La fe que nace de María es siempre una fe que se hace servicio.

Por eso, la transformación cristiana de las realidades temporales no es conquista ni imposición, sino fermento. No es poder, sino presencia. El laico adulto configurado con Cristo y educado en la escuela de María, sabe que su misión es encarnar el Evangelio en las estructuras del mundo para que la dignidad de toda persona sea reconocida y promovida en todas sus dimensiones.

El Magnificat como teología cristiana de la historia y principio de transformación social

El Magnificat es mucho más que un cántico de acción de gracias: es la primera teología de la historia cristiana. Antes que Jesús proclamase públicamente el Reino de Dios, María reconoce su presencia y anuncia sus consecuencias.

La fe de María no se limita a aceptar un acontecimiento personal extraordinario. Ella comprende que la acción de Dios tiene un alcance que supera infini-

tamente su propia vida. El Hijo que espera no es solamente una bendición privada, sino el cumplimiento de la promesa hecha a Israel y el comienzo de una renovación que alcanzará a todas las generaciones.

El Magníficat revela así que la Encarnación introduce en la historia un principio nuevo: Dios no es indiferente al curso de los acontecimientos humanos. El Dios de Israel es el Dios que actúa en favor de los humildes y que permanece fiel a su alianza.

Cuando María proclama que Dios dispersa a los soberbios, derriba a los poderosos de sus tronos y enaltece a los humildes, está afirmando que la acción de Dios tiene consecuencias reales para la vida de los pueblos.

El Magníficat no propone un programa político, ni una transformación revolucionaria violenta. Pero, anuncia una transformación profunda del orden humano. La Encarnación introduce una medida para la historia: el poder deja de ser el criterio último y la dignidad de los pequeños aparece como el lugar privilegiado de la acción divina. En este sentido, el Magníficat puede considerarse el fundamento espiritual de la caridad política, entendida como el compromiso del cristiano en la transformación de la historia y en la actuación sobre las causas más profundas de la injusticia. Implica comprometerse en la vida política y social con el fin de transformar aquellas estructuras que producen desigualdad, explotación y exclusión, respetando, al mismo tiempo, la libertad y dignidad de cada persona.

María nos muestra que la verdadera renovación social nace del corazón abierto de Dios y no de la violencia de los hombres.

Esta perspectiva será desarrollada progresivamente a lo largo de la historia de la Iglesia. Ya en el siglo XIX León XIII afirmaba que la fe cristiana tiene consecuencias concretas para la sociedad y la dignidad humana. Juan Pablo II subraya en numerosas ocasiones la dimensión social inseparable de la fe. Benedicto XVI recordaba que la caridad posee dimensión pública: el amor se concreta en la construcción del bien común. Y, el Papa Francisco insistía en la responsabilidad de transformar la realidad social desde la fe, particularmente en favor de los pobres. El Magníficat puede considerarse el fundamento espiritual de la caridad política, entendida como el compromiso del cristiano en la transformación de la historia, respetando la libertad y la dignidad de cada persona. María nos muestra que la verdadera renovación social nace del corazón abierto de Dios, no de la violencia de los hombres.

Transformación de la historia desde dentro

El cristianismo introduce en la historia una forma de transformación radicalmente nueva. La novedad cristiana consiste en que Dios entra en la historia y la renueva desde dentro. La Encarnación constituye el principio de esta transformación exterior que comienza en la fe de María y se prolonga a lo largo de los siglos en la vida de la Iglesia.

María es el primer lugar donde esta renovación se realiza. La historia nueva comienza cuando la libertad humana deja espacio a la gracia. La fe de María introduce en la historia el principio que acabará cambiando las estructuras: la presencia de Dios en la vida humana.

Esta lógica distingue profundamente el cristianismo de cualquier proyecto de transformación basado únicamente en la voluntad humana. El cristianismo no pretende construir el Reino de Dios mediante la conquista del poder, sino mediante la conversión del corazón humano. Sin embargo, esta conversión no permanece encerrada en la interioridad. Allí donde la fe es auténtica, la vida social comienza a cambiar.

La Encarnación revela que la historia humana posee una dignidad nueva. Dios ha asumido la condición humana y ha entrado en el tejido mismo de la vida cotidiana. Ninguna dimensión de la existencia queda fuera del alcance de la gracia.

En este sentido, la fe cristiana introduce una visión profundamente positiva de la realidad temporal. El mundo no es un ámbito extraño a la salvación, sino el lugar donde la salvación se realiza. La vida cristiana se convierte en un espacio de encuentro con Dios y en terreno de transformación histórico.

Esta visión ha sido desarrollada ampliamente por el magisterio contemporáneo. Benedicto XVI subrayó con especial claridad que el cristianismo no propone una utopía poética ni un sistema social concreto, pero sí introduce en la historia la fuerza moral y espiritual capaz de renovarlo desde dentro.

La acción cristiana en el mundo no consiste en sustituir las responsabilidades humanas por intervenciones sobrenaturales, sino en asumir esas responsabilidades a la luz de la fe. La gracia no dispensa del esfuerzo humano; lo purifica y lo orienta.

De este modo, la transformación cristiana de la historia aparece como un proceso silencioso y profundo. No se impone desde fuera, sino que crece desde dentro como una semilla que desarrolla lentamente toda su fuerza.

María representa el comienzo de esa transformación silenciosa. Su respuesta permite la Encarnación, y la Encarnación introduce en la historia una fuerza que acabará transformando la civilización humana. El cristianismo ha ejercido a lo largo de los siglos una influencia decisiva en la configuración de la cultura, del derecho y de la conciencia moral. La historia cambia cuando cambian las personas y las estructuras sociales reflejan las convicciones y decisiones de los seres humanos que las construyen.

Por eso, la santidad posee una dimensión histórica real. Los santos no solo transforman su propia vida; contribuyen también a transformar el mundo: aparecen nuevas formas de convivencia humana más conformes con la dignidad humana.

María ocupa el primer lugar en esta historia de santidad que transforma el mundo. Su fe muestra que la apertura a Dios no aleja del mundo, sino que introduce en él una fuerza renovadora.

María es el primer signo visible de esta historia abierta a la gracia. En ella aparece la certeza de que la fidelidad de Dios es más fuerte que las limitaciones humanas. Y de que la renovación del mundo comienza allí donde la fe se abre a su presencia.

María, como comienzo permanente del cristianismo

María no pertenece al pasado porque es el principio siempre vivo del cristianismo. Su fe sigue siendo un modelo para cada generación que acoge la Palabra de Dios. La Encarnación pertenece al pasado como hecho histórico único e irrepetible, pero su significado permanece vivo en la historia. El comienzo mariano del cristianismo no es únicamente un punto de origen, sino también un principio siempre actual.

Esta dimensión permanente del comienzo cristiano permite comprender por qué la tradición de la Iglesia ha visto siempre en María una presencia materna que acompaña el camino histórico del pueblo de Dios. María no es solo la Madre de Cristo en el tiempo de la Encarnación, sino también la Madre de los creyentes en el tiempo de la Iglesia.

En esta perspectiva, puede comprenderse también el lugar de María en la vida espiritual de los cristianos. La devoción mariana no es simplemente una forma de vida afectiva ni una práctica secundaria. Tiene un significado profundamente teológico: expresa la conciencia de que la fe cristiana nace siempre como acogida del don de Dios.

El cristiano no se limita a la interioridad ni a la piedad privada. La fe que inaugura María tiene consecuencias sociales concretas: orienta la vida de los creyentes hacia la caridad política, hacia la construcción de estructuras justas y humanas. Esta enseñanza se desarrolla en la tradición de los Santos Padres, se configura en el magisterio del Concilio Vaticano II y se actualiza constantemente en los pontificados de León XIII, Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco y ahora León XIV. La misión de los laicos en este contexto, consiste en prolongar la obra iniciada por María; permitir que la presencia de Dios transforme el mundo desde dentro.

María nos enseña que la transformación de la historia puede cambiar cuando los hombres permiten que Dios actúe en sus vidas. Así, la santidad personal y la responsabilidad social se entrelazan: cada acto de fe verdadero tiene repercusiones en la vida concreta del mundo.

El cristianismo comienza con María y su fe, y cada creyente está llamado a hacer presente ese comienzo en la historia de hoy. La Iglesia, siguiendo su ejemplo, es llamada a vivir como lugar donde Dios se hace carne en la vida de los hombres. La fe cristiana, nacida en el sí de María es siempre inicio de salvación y principio de transformación histórica.

El Magnificat sigue resonando a lo largo de los siglos como un programa espiritual de la historia, recordando que la verdadera grandeza reside en la humildad, que el poder verdadero se manifiesta en el servicio, y que la justicia y la misericordia son la medida de la acción de Dios en el mundo.

María permanece así, no solo como modelo de fe y obediencia, sino como guía permanente de la Iglesia y del cristianismo en la transformación de la realidad temporal, demostrando que la historia humana está siempre abierta a la gracia y a la esperanza. ●



«El cristianismo comienza con un acontecimiento que parece insignificante: el consentimiento de una mujer en un lugar humilde del mundo antiguo», Detalle de *La anunciación* (c. 1425–1428), Fra Angelico (Italia, c. 1395/1400–1455). Museo del Prado (España).

La voz de María

Benedicto XVI

En los relatos evangélicos escuchamos varias veces la voz personal de María: junto a su prima Isabel en el Magníficat, en el templo, al encontrar al hijo «perdido», en las bodas de Caná... Esta voz personal nos permite ahondar en su misterio, que es el misterio de Cristo. Benedicto XVI profundiza en estas catequesis en esta voz de María en uno de los momentos más impresionantes: el Magníficat. Saca de ello una hermosa conclusión: María es una mujer que ama. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada.

Catequesis del miércoles 15 de febrero de 2006

1 [...] Hoy reflexionaremos sobre el *Cántico* con el que se concluye idealmente toda celebración de las

• Vísperas: el *Magníficat* (cf. *Lc* 1, 46-55).

Es un canto que revela con acierto la espiritualidad de los *anawim* bíblicos, es decir, de los fieles que se reconocían «pobres» no sólo por su alejamiento de cualquier tipo de idolatría de la riqueza y del poder, sino también por la profunda humildad de su corazón, rechazando la tentación del orgullo, abierto a la irrupción de la gracia divina salvadora. En efecto, todo el *Magníficat*, que acabamos de escuchar cantado por el coro de la Capilla Sixtina, está marcado por esta «humildad», en griego *tapeinosis*, que indica una situación de humildad y pobreza concreta.

2. El primer movimiento del cántico mariano (cf. *Lc* 1, 46-50) es una especie de voz solista que se eleva hacia el cielo para llegar hasta el Señor. Escuchamos precisamente la voz de la Virgen que habla así de su Salvador, que ha hecho obras grandes en su alma y en su cuerpo. En efecto, conviene notar que el cántico está compuesto en primera persona: «Mi alma... Mi espíritu... Mi Salvador... Me felicitarán... Ha hecho obras grandes por mí...». Así pues, el alma de la oración es la celebración de la gracia divina, que ha irrumpido en el corazón y en la existencia de María, convirtiéndola en la Madre del Señor.

La estructura íntima de su canto orante es, por consiguiente, la alabanza, la acción de gracias, la alegría, fruto de la gratitud. Pero este testimonio personal no es solitario e intimista, puramente individualista, porque la Virgen Madre es consciente de que tiene una misión

que desempeñar en favor de la humanidad y de que su historia personal se inserta en la historia de la salvación. Así puede decir: «Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (v. 50). Con esta alabanza al Señor, la Virgen se hace portavoz de todas las criaturas redimidas, que, en su «fiat» y así en la figura de Jesús nacido de la Virgen, encuentran la misericordia de Dios.

3. En este punto se desarrolla el segundo movimiento poético y espiritual del *Magníficat* (cf. vv. 51-55). Tiene una índole más coral, como si a la voz de María se uniera la de la comunidad de los fieles que celebran las sorprendentes elecciones de Dios. En el original griego, el evangelio de san Lucas tiene siete verbos en aoristo, que indican otras tantas acciones que el Señor realiza de modo permanente en la historia: «Hace proezas...; dispersa a los soberbios...; derriba del trono a los poderosos...; enaltece a los humildes...; a los hambrientos los colma de bienes...; a los ricos los despide vacíos...; auxilia a Israel».

En estas siete acciones divinas es evidente el «estilo» en el que el Señor de la historia inspira su comportamiento: se pone de parte de los últimos. Su proyecto a menudo está oculto bajo el terreno opaco de las vicisitudes humanas, en las que triunfan «los soberbios, los poderosos y los ricos». Con todo, está previsto que su fuerza secreta se revele al final, para mostrar quiénes son los verdaderos predilectos de Dios: «Los que le temen», fieles a su palabra, «los humildes, los que tienen hambre, Israel su siervo», es decir, la comunidad del pueblo de Dios que, como María, está formada por los que son «pobres», puros y sencillos de corazón. Se trata del «pequeño rebaño», invitado a no temer, porque al Padre le ha complacido darle su reino (cf. *Lc* 12, 32). Así, este cántico nos invita a unirnos a este pequeño rebaño, a ser realmente miembros del pueblo de Dios con pureza y sencillez de corazón, con amor a Dios.

4. Acojamos ahora la invitación que nos dirige san Ambrosio en su comentario al texto del *Magníficat*. Dice este gran doctor de la Iglesia: «Cada uno debe tener el alma de María para proclamar la grandeza del Señor, cada uno debe tener el espíritu de María para alegrarse

en Dios. Aunque, según la carne, sólo hay una madre de Cristo, según la fe todas las almas engendran a Cristo, pues cada una acoge en sí al Verbo de Dios... El alma de María proclama la grandeza del Señor, y su espíritu se alegra en Dios, porque, consagrada con el alma y el espíritu al Padre y al Hijo, adora con devoto afecto a un solo Dios, del que todo proviene, y a un solo Señor, en virtud del cual existen todas las cosas» (*Esposizione del Vangelo secondo Luca*, 2, 26-27).

En este estupendo comentario de san Ambrosio sobre el *Magnificat* siempre me impresionan de modo especial las sorprendentes palabras: «Aunque, según la carne, sólo hay una madre de Cristo, según la fe todas las almas engendran a Cristo, pues cada una acoge en sí al Verbo de Dios». Así el santo doctor, interpretando las palabras de la Virgen misma, nos invita a hacer que el Señor encuentre una morada en nuestra alma y en nuestra vida. No sólo debemos llevarlo en nuestro corazón; también debemos llevarlo al mundo, de forma que también nosotros podamos engendrar a Cristo para nuestros tiempos. Pidamos al Señor que nos ayude a alabarlo con el espíritu y el alma de María, y a llevar de nuevo a Cristo a nuestro mundo.

Carta encíclica *Deus caritas est*, n.ºs 41 y 42

Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. El *Evangelio de Lucas* la muestra atareada en un servicio de caridad a su prima Isabel, con la cual permaneció «unos tres meses» (1, 56) para atenderla durante el embarazo. «*Magnificat anima mea Dominum*», dice con ocasión de esta visita —«proclama mi alma la grandeza del Señor»— (*Lc* 1, 46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. *Lc* 1, 38. 48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no

con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe: «¡Dichosa tú, que has creído!», le dice Isabel (*Lc* 1, 45).

El *Magnificat* —un retrato de su alma, por decirlo así— está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la

Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada.

María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los



«María es... una mujer que ama... lo vemos en la delicadeza con la que, en Caná, se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos y lo hace presente a Jesús». Fragmento de *Las bodas de Caná* (2017), Lyuba Yatskiv (Ucrania, n. 1977). Colección privada.

esposos y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. *Jn* 2, 4; 13, 1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. *Jn* 19, 25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 14).

42. La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a

la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial «del que manarán torrentes de agua viva» (Jn 7, 38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor:

Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.●

SUSCRIPCIÓN Ediciones "VOZ DE LOS SIN VOZ"

Nombre
 DNI e-mail.....
 C/ nº piso.....
 Localidad Provincia CP
 Tlf fijo Tlf móvil

Deseo suscribirme a las Ediciones "Voz de los sin Voz" en la modalidad de:

- **AUTOGESTIÓN** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 15 € / 2 años
 - como AMIGO 30 € / 2 años
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **AUTOGESTIÓN + LIBROS** (5 revistas + 5 libros)
 - como COLABORADOR 20 € / 1 año
 - como AMIGO 40 € / 1 año
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD** (revista bimestral)
 - como COLABORADOR (10 envíos) 15 € / 2 años
 - como AMIGO 30 € / 2 años
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)
- **ID y EVANGELIZAD + LIBROS**
(5 revistas + 5 libros de espiritualidad o teología)
 - como COLABORADOR 20 € / 1 año
 - como AMIGO 40 € / 1 año
(2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del 3er. M.)

ORDEN de DOMICILIACIÓN BANCARIA

Muy sres míos:

Con cargo a mi cuenta y hasta nuevo aviso, atiendan la presente orden de domiciliación de los recibos que presente el Movimiento Cultural Cristiano.

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚMERO DE CUENTA
ES	□□□□□□	□□□□□□	□□	□□□□□□□□□□□□

Titular de cuenta:	
DNI:	Firma:
Fecha:.....	

Ediciones "Voz de los sin Voz"

Avda. Monforte de Lemos 162.- 28029 MADRID.-
 Tlf-Fax: 91/ 373 40 86
 email: administracion@solidaridad.net

Equivocarse con María es equivocarse con Cristo

Osmín Serrano

El autor destaca un elemento clave para la comprensión de María, que también lo es para la comprensión de Cristo y del cristianismo: la encarnación. María no solo acepta voluntariamente gestar y dar a luz al Salvador, sino que, como madre, también conforma su corazón humano. Fue ella quien «le enseñó a orar, a pensar, a hablar, a amar...». Se estableció entre ellos una unión que la llevó tras sus pasos hasta la cruz. A ella «el Padre no puede negarle nada». Y todo esto, como explica el autor, no es accesorio ni opcional para nuestra fe, sino absolutamente esencial: Dios lo quiso así. Osmín Serrano es sacerdote y teólogo.

Ratzinger subrayó que la Encarnación es el núcleo definitorio del cristianismo. En esto no fue original: es el pensamiento de los Padres de la Iglesia y de la propia Escritura. Uno de los que mejor lo expresaron fue Tertuliano (siglos II-III) cuando afirmaba «Caro cardo salutis»: «la carne es el quicio (o gozne) de la salvación» o –dicho de otra manera– solo podemos incorporarnos a la vida divina a través de la verdadera y completa humanidad del Hijo de Dios, que se prolonga sacramentalmente en la Iglesia y en sus misterios, particularmente la Eucaristía, así como en los pobres, tal y como especificó el propio Cristo (Lc 22,19; Mt 26,26; Mt 25, 40).

La Encarnación, la humanidad sagrada del Verbo eterno, es el sello de autenticidad del cristianismo desde sus inicios: gracias a que la Iglesia se mantuvo fiel a ella y a su interpretación integral, la fe en Cristo no se disolvió ni en el judaísmo ni en el gnosticismo, que fueron los primeros y más hipnotizantes cantos de sirena que pretendieron desviarnos de nuestra travesía pascual. De hecho, lo siguen haciendo: el nuevo gnosticismo continúa con su fe individualista y espiritualista, mientras que lo judaizante es el actual moralismo que se escandaliza de la cruz.

Y aquí es donde aparece María: gracias a ella fue posible la Encarnación. El propio Dios y el cosmos entero suspendieron la respiración durante unos instantes hasta que la joven virgen de Nazareth contestó al anuncio de Gabriel: «Hágase en mí según tu Palabra», convirtiéndose en la nueva Eva que nos representa a todos porque ella, decía santo Tomás de Aquino, estaba *loco totius humanae naturae* (ocupando el lugar de toda la naturaleza humana). Sin su obediencia, el Hijo de

Dios no se habría podido encarnar y la humanidad seguiría huérfana y desterrada. Por eso, el ángel le llama *kecharitomene*, llena de gracia, porque en ella y por ella la gracia natural es agraciada en la filiación divina y la hermandad eclesial.

El Verbo, gracias al Espíritu Santo, no solo tomó la carne de María, con toda la carga genética y biológica que una madre aporta a su hijo, sino que también fue configurado en sus afectos, pensamientos, palabras, ademanes, carácter, etc. por María. Se ha dicho que en el Nuevo Testamento se habla muy poco de María, pero no es cierto: cada vez que escuchamos las palabras de Cristo en el Evangelio

o contemplamos sus signos, estamos oyendo y viendo a la madre que formó su corazón humano, que le enseñó a orar, a pensar, a hablar, a amar... Las Bienaventuranzas de Cristo, carta magna del Reino de Dios, son un trasunto del Magníficat de María. Y los protagonistas son los mismos: el Dios de la Misericordia y los pobres.

El Padre hizo todo para Cristo y por Cristo (Col 1, 16) por medio del Espíritu Santo; por eso mismo todo está marcado intrínsecamente por María. Ella no es un añadido de la fe ni debemos convertirla en mero objeto de devociones subjetivas y voluntaristas. Ella está, querámoslo o no, en el diseño mismo de todo lo real y está en su finalidad.

Ella es la obra perfecta del Espíritu Santo, que habita de un modo especial en su corazón porque es la verdadera Arca de la Nueva Alianza cubierta por la nube, la *shekinah* (Lc 1, 35.41); por eso, María está de pie en la hora definitiva del comienzo del Reino (Jn 2, 4), de la Iglesia (Hch 1, 14) y de cada uno de nosotros, especialmente en la Cruz (Jn 19, 26), abriéndonos a la acción del Espíritu de Dios. Ella es la Reina madre a la que el Rey no puede negarle nada (1 Re 2, 13-20).

Equivocarse con María es equivocarse con Cristo y con la verdadera fe liberadora; esto explica el vano intento del imperialismo de borrar la huella mariana de los pueblos explotados, para lo cual ha invertido ingentes cantidades de dinero y sembrado de sectas fundamentalistas los barrios empobrecidos con el fin de dividir y alienar. Pero María y su descendencia enfrentan a este dragón maligno y lo vencen en un combate espiritual y cósmico en el que estamos llamados a participar militantemente (Gn 3, 5; Ap 12). •

María de Nazareth, esencial para toda la humanidad

Carlos Ruiz

Los rasgos esenciales para la comprensión de la figura de María que esbozaba el autor en el artículo anterior quedaron desdibujados a lo largo de la historia por diversas corrientes de pensamiento dualista que, lamentablemente, han acabado influyendo en la propia Iglesia católica. Conocerlos es esencial para una correcta comprensión de María. El padre Carlos Ruiz es misionero y teólogo.

La Virgen María ha sido, es y será esencial en el desarrollo de la salvación de la humanidad; por eso, todas las generaciones proclaman dichosa a esta joven galilea pobre, incluyendo los hermanos musulmanes o los ateos que la ensalzan —sin saberlo— al admirarse de los templos levantados en su honor o de las sinfonías inspiradas en su vida. En este artículo intentamos presentar las bases racionales y universales de ese amor popular a María, para lo cual hay que superar el pensamiento dualista y fragmentario que sigue condicionando nuestra cultura. Los fundamentos de la fe mariana son la Encarnación y la capitalidad de María en la personalidad corporativa que es la humanidad.

Raíces históricas de la crisis contemporánea

La cultura contemporánea y, por tanto, nuestras formas de pensar y vivir están determinadas por la crisis civilizatoria que provoca el protestantismo desde el siglo XVI y que hunde sus raíces —principalmente— en la teología voluntarista del Islam y en la antimetafísica del espiritualismo medieval y su secuela nominalista.

Lamentablemente, esos errores filosóficos y teológicos (desontologización, voluntarismo, iconoclastia e individualismo) triunfan a la par que el nuevo imperalismo anglo-germánico, que utiliza el luteranismo como ideología aglutinadora y justificadora del nuevo orden. Con el poder económico, militar y político en sus manos, con la imprenta a su favor y con los nuevos territorios conquistados, el capitalismo protestante se impone en casi todo el planeta.

Desde entonces —mediados del siglo XVI—, el pulso entre la corriente helénico-católica y la musulmana-protestante ha ido inclinándose progresivamente hacia esta última, hasta el punto de que la propia teología ca-

tólica se vio y se ve afectada por el dualismo, fruto maduro del encadenamiento conceptual mencionado. Las realidades que más sufren de estas amputaciones son las que se refieren al misterio de la Encarnación, como es el caso de la Virgen María, ya que en ella —a la par que en Cristo— se da la perfecta armonía (sin invasión ni separación) de los dos órdenes de la realidad.

Frente a la integración entre lo natural y lo sobrenatural y otras realidades correspondientes —razón y fe, libertad y gracia—, que caracteriza a la patrística y a la Escolástica católica, la cultura mahometana-protestante afirma que los mencionados binomios carecen de vínculos estructurales. En consecuencia, lo común no nace de un orden previo y superior a las particularidades sino del contrato social, de los pactos interesados y cambiantes. Esto explica, entre otras muchas cosas, la crisis mortal de instituciones que creíamos firmes hasta no hace mucho: familia, sistema educativo, democracia liberal, partidos políticos..., que no es que estén atravesando un bache, sino que están cayendo en el abismo al que las empujó la evolución cultural y teológica que venimos reseñando. Estas instituciones no pueden recuperarse sin un cambio radical de paradigma conceptual: una revolución cultural, en la que María ejerce de luminaria en la oscuridad.

El caso paradigmático de María

Lo anterior, aunque parezca prolijo y, de hecho, exija posteriores razonamientos, explica la dificultad con la que nos encontramos los contemporáneos para entrelazar armónicamente las realidades más sublimes con las prosaicas, lo personal con lo comunitario y lo pasado con el presente y el futuro. Funcionamos al estilo del centro comercial: por departamentos sin conexión. Esta fragmentación metafísica, epistemológica y existencial afecta a toda la teología. Veámoslo en el caso de María Santísima.

Ya el hecho de que exista una materia específica de «mariología» es sintomático de una especialización que difícilmente sirve a la unidad; de hecho, en nuestras facultades teológicas se puede reflexionar sobre

María con un sistema de pensamiento diferente –incluso contrapuesto– al que se usa para pensar sobre Cristo; el empleado por la cristología pudiera ser –a su vez– incompatible con el de eclesiología o el empleado para escatología, etc. Y en filosofía ocurre otro tanto. Este pluralismo suele verse como positivo por ofrecer perspectivas diversas; pero es pernicioso porque los

estudiantes que llegan a nuestras aulas teológicas, como ocurre en el resto de disciplinas académicas, no tienen una cosmovisión sólida que les permita juzgar e integrar tantas diferencias sustanciales. Y salen con un rompecabezas desarticulado que se suele disimular con frases manidas.

María representa a la humanidad todavía no incorporada a la vida trinitaria; su obediencia libre era necesaria para que el Hijo de Dios se encarnase



«Cristo es Hijo del Padre en la eternidad e hijo de María en el tiempo; es engendrado por Él y consustancial con Él a la vez que engendrado por María y consustancial con ella». *Virgen con el niño* (1845) de William Dyce (Escocia 1806–1864), Royal Collection Trust (Reino Unido).

Si aplicamos lo expuesto al estudio sobre María, es decir, el predominio del dualismo, de la fragmentación y de la desontologización, nos encontramos con graves problemas en la mariología contemporánea.

Existe una polarización. Por una parte, la presentación exclusivamente histórico-salvífica (es decir, bíblica) de la Virgen María subraya lo vivencial-espiritual: María es intercesora, modelo y ayuda que nos dispone para la unión con Cristo. Todo esto es cierto, pero –al carecer de referencia metafísica– se circunscribe a María en lo devocional y lo moral, colocándola como extrínseca a la salvación. Lamentablemente, es la orientación predominante en nuestros tiempos. Por otra parte, lo anterior es –en gran medida– una respuesta a los sistemas que se centran en los atributos o cualidades personales de María, subrayando tanto su excepcionalidad que dificultan y casi impiden su encaje en el orden histórico-salvífico y en el de la naturaleza humana. Esta vía lleva a la práctica colisión con la obra redentora de Cristo y con la propia razón.

Hacia una visión integral que parte de la Encarnación

Quizás más que en ningún otro momento, estamos urgidos y tenemos las condiciones para realizar una teología integral e integradora, que contemple de manera armónica, sin evitar la tensión, estos tres frentes: lo

histórico-salvífico, lo ontológico y lo personal. En lo que se refiere a María Santísima, esto nos lleva al siguiente argumentario: la principal referencia de la Virgen María es con la humanidad de Cristo, con el misterio de la Encarnación, por razones obvias; esto la sitúa en una función esencial –no meramente devocional– para la Iglesia y para todo el género humano.

El fin esencial de todo lo que Dios ha hecho para nosotros es incorporarnos a la propia vida de la Trinidad; ese Don no se nos da en inmediatez desnuda, sino en inmediatez mediada por la humanidad de Cristo, tal y como Él la asumió, la vivió, la entregó y la glorificó. Dicho de otra manera: no hallamos la vida trinitaria en el supuesto abismo entre la conciencia y Dios, como dicen los protestantes y algunos teólogos católicos como Karl Rahner, sino en la carne gloriosa y herida del Hijo de Dios, que es hijo de María.

La vida trinitaria se nos da en una humanidad concreta, que es encarnada (espacio-tiempo), es eclesial (trinitaria), es obediencial-oblativa y es... mariana. Y lo es más allá de lo que nos parezca o sintamos nosotros. Toda gracia divina, en cuanto se nos entrega a través de Cristo, es consustancial y esencialmente mariana.

Esto es lo que la Iglesia proclama desde Éfeso (431), por lo menos: Cristo es Hijo del Padre en la eternidad e hijo de María en el tiempo; es engendrado por Él y consustancial con Él a la vez que engendrado por María y consustancial con ella. Dos son las generaciones de Cristo, en diferencia pero en continuidad, fundándose la humana en la divina y prolongando la humana a la divina, a la vez que siendo aquella el fundamento para conocer a esta.

La humanidad salvadora de Cristo, fuente de toda gracia, no se puede entender sin María, y esto en todos los sentidos: ontológico, espiritual, afectivo, intelectual, eclesial, social... La Virgen no está actuando en nosotros solo extrínseca o voluntarísticamente (vía ejemplaridad, deseo, intercesión o ayuda), sino que ella actúa en el dinamismo mismo de la gracia porque así lo ha querido el Señor al elegir ese modo concreto de encarnarse, de vivir, de morir, resucitar y enviar el Espíritu Santo.

Lo mariano está en lo íntimo de la gracia divina; es momento interno. Por eso, hay que rechazar el extrinsecismo maximalista, que presenta a María como cauce o ayuda externa que necesitaría Cristo, y –con la misma contundencia– hay que evitar el extrinsecismo minimalista, que la considera como mero ejemplo o ayuda para los creyentes. De ahí que poner a la Virgen

María en el mismo orden ontológico y teológico que los santos (aunque sea en grado muy superior) es un error de bulto.

La personalidad corporativa y su capitalidad

Inseparable de la visión que establece la esencialidad de María en su relación con el misterio de la Encarnación y de la humanidad de Cristo está la perspectiva filosófico-teológica de la unidad del género humano y de su libertad. Este principio, que nace tanto de la reflexión lógica como de la revelación bíblica, dice que todos los hombres formamos un solo cuerpo, una especie de personalidad corporativa en la que cada miembro está interrelacionado con el resto para bien y para mal. Además, como ocurre en cualquier organismo humano, hay unos integrantes que cumplen la grave responsabilidad de ser cabeza de la persona colectiva y –en consecuencia– sus decisiones libres afectan al resto de sus congéneres. Es lógico que dicha capitalidad fuera ejercida, particularmente, por los primeros humanos, que nosotros llamamos Adán y Eva, quienes se negaron –consciente y voluntariamente– a obedecer el plan salvífico. Y, con ellos, toda la humanidad dijo que no a Dios; esto Romanos 5 lo explica magistralmente.

Pues bien, para que Dios se encarnase (condición *sine qua non* para compartimos su vida, como hemos explicado arriba) era necesario que la humanidad le abriese las puertas con su libertad íntegra porque – como decía S. Agustín– «Dios que nos creó sin nuestro consentimiento, no nos salvará sin nosotros». Y la única manera de aceptar la oferta divina era a través de una nueva capitalidad, que es la que ejercen Cristo y María. Por eso, los padres de la Iglesia, desde S. Ireneo, los llaman el nuevo Adán y la nueva Eva.

Pero antes fue el Sí de María que el del propio Cristo. No hablamos de primacía ontológica, sino de un orden lógico: María representa a la humanidad todavía no incorporada a la vida trinitaria; su obediencia libre era necesaria para que el Hijo de Dios se encarnase. El Concilio Vaticano II lo expresa de la siguiente manera: «El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la Encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida» (LG 56). Y el Catecismo de la Iglesia Católica, remedando a S. Tomás de Aquino, afirma: «La Virgen María colaboró con su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres. Ella pronunció su *fiat loco totius humanae naturae* (ocupando el lugar de toda la naturaleza humana» (CIC 511).●

La Virgen de Guadalupe: una prodigiosa inculturación del Evangelio a través de María y el arte

Su rostro es el de una doncella mestiza. Dice la tradición indígena de Zozocolco, Veracruz: «Su rostro no es ni de ellos ni de nosotros, sino de ambos» Por ello, se le llama con cariño la «Morenita», Madre de todos los pueblos.

Sus manos juntas están en la pose orante de una Inmaculada concepción europea, pero, a la vez, su pose puede leerse en clave de la cultura náhuatl: las manos juntas se agitan en forma de sonajero al tiempo que ella da un «paso de danza» (como sugiere la elevación de su rodilla izquierda que refleja un pliegue de la túnica). Es la forma danzante del orar indígena

La cinta sobre el vientre expresa su maternidad, pero su pelo suelto y peinado hacia abajo con raya en medio, indica en el mundo náhuatl la virginidad: es una virgen madre.



Sobre el vientre lleva la flor Nahui Ollin («el lugar donde Dios habita»), la flor de cuatro pétalos con un centro circular. Es el símbolo náhuatl del centro del universo y motor de la vida. Los cuatro pétalos son los rumbos (Norte-Sur-Este-Oeste) que convergen allí donde está lo divino. Es el símbolo de la presencia de Dios (*Ometéotl*): aquel que es el origen del universo está presente en su seno.

Esta mujer «en cinta» porta al Dios que vive en su vientre y, por ello, está parada en el centro -u ombligo- de la luna, el centro de la creación del universo: la casa de Dios omnipotente.

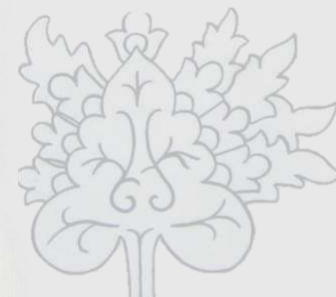


Está en pie, delante del sol, sobre la luna y vestida de estrellas, pero, a la vez, inclinando humildemente su cabeza ante alguien más grande que ella: el Dios cuyo símbolo de sacrificio y entrega (la cruz) lleva en el cuello y que habita en su vientre.

Su manto azul verdoso (turquesa o verde mar) significa, en la cultura náhuatl, el encuentro de la tierra verde con el cielo azul: solo dioses y emperadores lo podían usar: ella es una Reina del Cielo.

La túnica, de color marrón asalmonado, representa la tierra. En ella hay dibujadas flores, montes y agua.

Su doblez inferior evoca la forma que los indígenas daban a las mantas en los «códices de tributos».



Uno de los dibujos del manto es el *tepetl*, el cerro (o piedra, o ciudad) con forma de corazón (o cara).

Es el «cerro del hablar» o «cerro del cantar»: el cerro Tepeyac está dando un mensaje universal para la humanidad

El ángel con alas de águila es el «águila que habla»: *cuauhtlatatzin*, nombre náhuatl de Juan Diego, que trae el mensaje de esperanza.

Los colores de sus alas (turquesa, blanco y rojo), más el negro de la luna, son los cuatro rumbos del universo cuyo origen es Dios. Con sus manos, una túnica y manto, tierra y cielo: la encarnación.

Historia



Una prodigiosa inculturación del Evangelio

Miguel Ángel Ruiz

En México, en 1531, a diez años de la conquista, los antiguos sabios nahuas esperaban el fin del mundo; el obispo Zumárraga, el colapso de la Nueva España. En este escenario de crisis teológica y de violencia social, la figura de la Virgen de Guadalupe surgió como un puente inesperado: María, a través de la simbología del arte y de la lengua de los vencidos, logró una prodigiosa inculturación del Evangelio en el corazón de América. El autor es militante del Movimiento Cultural Cristiano.

«¿No estoy yo aquí, que soy tu madre?»

Hay un documento en el archivo vaticano que se llama *Coloquios y Doctrina Cristiana* (1524), de Bernardino de Sahagún, según el cual los *tlataminime* —los sabios o custodios de la cosmovisión de los pueblos que compartían la lengua y la cultura náhuatl en el Altiplano Central de México— expresaron una profunda crisis existencial: «Si nuestros dioses han muerto, ¡moramos nosotros también!». Los indígenas habían caído en una depresión terrible.

Se acercaba el año de 1531, el año de la aparición de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego en el cerro Tepeyac. Para ellos era el año *13-Acatl* («13-Caña»): se estaba apagando el Quinto Sol y dudaban de que tuviera ya la fuerza para salir de nuevo.

Los indígenas se llaman «hijos del sol» (*tonatiuh*). Antes de la llegada de los españoles hacían la fiesta *panquetzaliztli* para darle sangre al sol mediante sacrificios humanos, para que este pudiera tener energía y vencer las tinieblas. Pero después de la conquista (1521-1531), ya no hay sacrificios: ¿quién va a ayudar al sol para poder sobrevivir? La derrota militar fue acompañada de una derrota teológica. Si el Sol ya no recibía sangre, el mundo ya no tenía razón de ser.

Vivían una orfandad cósmica: sus dioses los habían abandonado ante las derrotas y la imposición de un nuevo imperio desconocido. Por si fuese poco, se sucedieron signos que así lo evidenciaban: tres terremotos, un cometa y un eclipse (la luna devorando al sol).

Pero en diciembre de 1531 aparece María. Se presenta como la madre del indígena con un mensaje gráfico que ellos saben leer, contenido en ese códice que es la tilma de Juan Diego, su sencilla capa de tela ayate, tela tejida con fibra de ixtle o agave, donde está representada la Virgen de Guadalupe.

Su rostro no es español ni indígena, sino mestizo: trae un mensaje para todos, un mensaje de concordia. Su cabello suelto indica su condición de doncella (virgen), mientras que la cinta oscura sobre su vientre es el signo inequívoco de su embarazo. La concepción virginal no era un concepto extraño a la cultura náhuatl: la gran madre *Coatlicue* había concebido al dios *Huitzilopochtli* de forma milagrosa a través de una bola de finas plumas que guardó en su regazo al barrer el templo.

Es una mujer poderosa, pues está ante el sol, sobre la luna (centro del universo) y cubierta con la capa del firmamento reservada a los emperadores, pero, pese a su rango, está inclinada humildemente ante el Dios que lleva en sus entrañas, el Dios cristiano sacrificado por la humanidad, como revela la cruz de su colgante.

Sus manos no están solo en posición de oración occidental; para el mundo náhuatl sugieren el ritmo de un baile sagrado: las manos en forma de sonajero y la rodilla izquierda flexionada indicando movimiento, un paso de danza religiosa que en esta cultura es la forma más alta de oración.

Ella une cielo y tierra, como indican sus vestidos: la túnica de la tierra y el manto del cielo. En el centro de su vientre aparece el Nahui Ollin, la flor de cuatro pétalos que representa el movimiento del universo y la presencia de la divinidad. Para el indígena, esto significaba que el Niño que ella esperaba era el centro de todo el cosmos. La Virgen, vestida con el manto de estrellas y parada frente al sol, porta en su vientre al verdadero Sol.

El mensaje para el indígena fue claro: «El Sol no ha muerto, ni necesita más sangre humana para salir. El verdadero Sol (Dios) está vivo en mi vientre y Él mismo es el sacrificio definitivo». Este códice transmite al pueblo náhuatl que no están abandonados; la Virgen les trae un nuevo Dios que les devuelve el sentido de la ternura y del cuidado de la vida.

La fuente que nos relata el origen de la tilma es un texto en náhuatl, el *Nican Mopohua* (1550), de Antonio Valeriano, indígena discípulo de Bernardino de Sahagún. Fue profesor de latín y filosofía y rector del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, la primera institución de

educación superior en América, fundada por los franciscanos para la nobleza indígena. También tuvo cargos de gobierno por más de 20 años en Tenochtitlan (actual Ciudad de México). Él recopila la historia directamente de Juan Diego, incluyendo —en el mismo náhuatl en que está escrito todo el libro— las palabras de la Virgen: «... no es nada lo que te espantó; ¿no estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?».

El nombre en náhuatl de Juan Diego, *Cuauhtlatotatzin* («el águila que habla»), sugiere que no era un indígena común, sino alguien capaz de transmitir las cosas del cielo a la tierra. ¿Quién sería antes de la conquista? Quizá está representado en la tilma como ángel con alas de águila, que lo señalan como heraldo de una nueva era. En todo caso, en 1531, era un converso que caminaba varios kilómetros para asistir a misa y a clases de catecismo; por su sencillez de vida, representa al *macehual*, al hombre del pueblo, al trabajador. Que la Virgen le hablara en su lengua materna es el primer gran paso de la inculturación: Dios no habla en latín ni en castellano, sino en la lengua del oprimido. María «democratiza» la sabiduría. Ya no se necesita ser un gran sabio noble para entender a Dios; ahora el mensaje está pintado en la capa de un hombre humilde para que todos los nahuas puedan leerlo.

La revelación tiene lugar en el monte Tepeyac, antiguo santuario de la *Tonantzin-Coatlicue*, la «madre terrible», que lleva una falda de serpientes y un collar de manos y corazones humanos; representa la vida, pero también la muerte necesaria para que el sol siga vivo. Antes de 1531, el cerro del Tepeyac ya era un centro de peregrinación masivo.

Al elegir este sitio, la Virgen anuncia una nueva era de ternura en la que la madre ya no exige sacrificios, sino que ofrece a su Hijo como consuelo. Durante décadas, los indígenas siguieron llamando a la Virgen de Guadalupe «Tonantzin Guadalupe».

La Virgen de Guadalupe: clave de la evangelización

En 1531 los frailes ya tenían una avanzada metodología de inculturación: conocer la religiosidad de los indígenas, saber en qué forma se expresaba y transferir esa religiosidad a los momentos del misterio de Cristo. Pero el proceso era lento. María fue quien verdaderamente impulsó la evangelización al ayudar al pueblo náhuatl a transitar desde su propia cosmovisión.

El franciscano Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, defendió a los indígenas de los abusos de Nuño de Guzmán, el corrupto Presidente de la Primera Real Audiencia de México (tribunal superior) y gobernador de facto de todo el territorio al no haberse nombrado Virrey. Lo denunció con tal vehemencia que el arzobispo llegó a ser amenazado de muerte con un cuchillo en pleno altar. En 1529 envió una carta clandestina a la Corona. Nuño de Guzmán había establecido una censura total en los puertos de modo que ninguna queja llegara a España. El obispo tuvo que envolver su carta en un trozo de cera, meterla en un barril de aceite y confiar en que un marinero la entregara al Rey. Zumárraga llegó a decir que «si Dios no provee con remedio, esta tierra

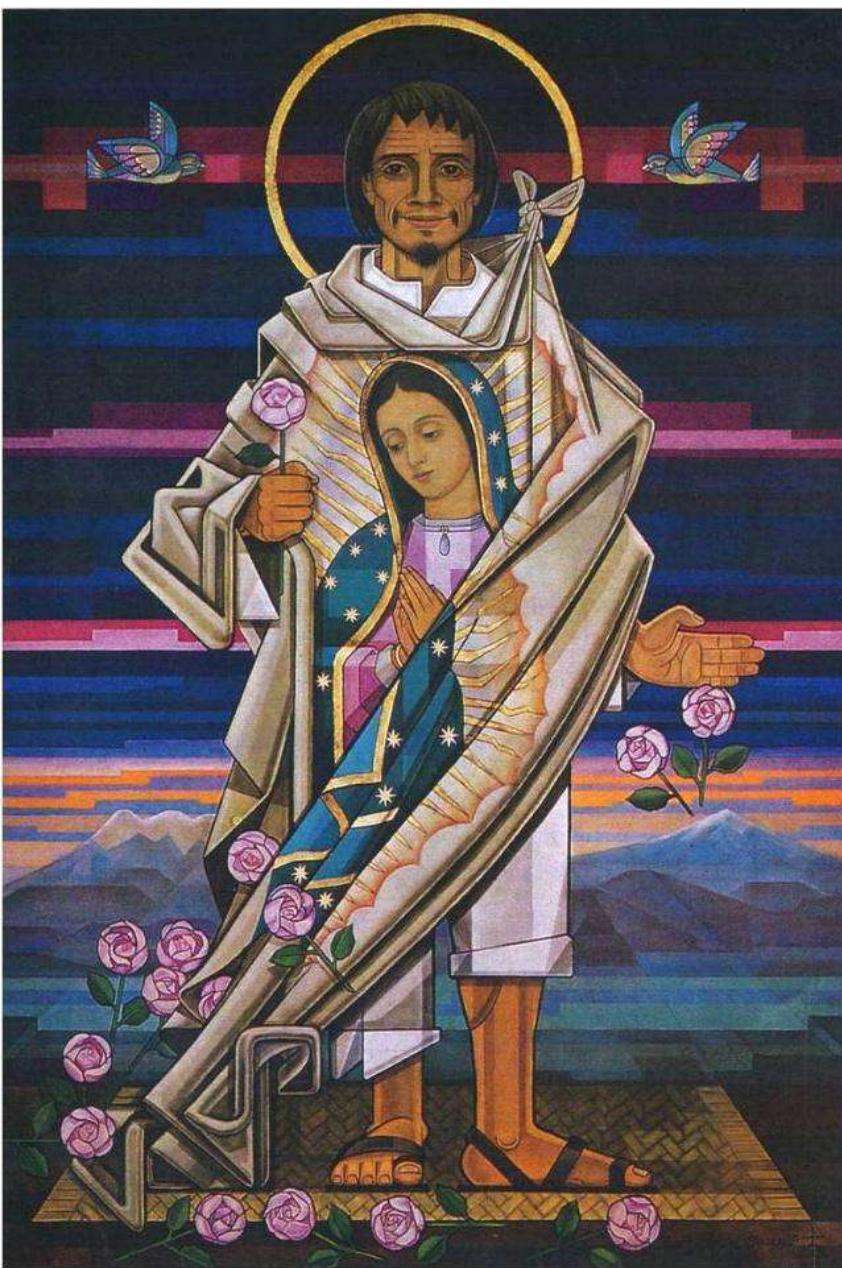
está en punto de perderse»: creía que la Nueva España colapsaría por la violencia de los conquistadores.

Según relata el propio *Nican Mopohua* y otras fuentes (otro manuscrito en náhuatl atribuido al jesuita Juan de Tovar, datado en 1580, así como la tradición oral de los franciscanos), Zumárraga, desesperado, pidió a Dios una intervención divina, una señal de que no todo estaba perdido. Cuando apareció Juan Diego diciendo que había visto a la «Señora del Cielo», Zumárraga —que era un hombre de leyes y cauteloso— le pidió la señal. La respuesta fueron rosas de Castilla, flores de la tierra del obispo, que brotaron milagrosamente en el árido Tepeyac y que Juan Diego le llevó envueltas en su tilma; para Zumárraga, esas flores y la imagen en la tilma, que ambos pudieron contemplar asombrados al desplegarse para mostrar las flores, no solo probaron la aparición, sino que fueron la respuesta divina a su propia angustia por la justicia y la paz: «No temas, yo estoy aquí».

Tras la muerte de Zumárraga en 1548 y un periodo de sede vacante, en 1551 el dominico Alonso de Montúfar fue nombrado segundo arzobispo de México. Montúfar defendió con firmeza la devoción frente a las críticas del provincial franciscano Francisco de Bustamante, quien, en un famoso sermón de 1556, afirmó que la imagen era obra del pintor indígena Marcos Cipac de Aquino y que su culto fomentaba la idolatría.

El puente entre dos mundos

En 1531, el Tepeyac no fue solo el escenario de un evento religioso, sino el punto de sutura de una fractura histórica que parecía insalvable. Mientras los sabios náhuas lloraban la muerte de su cosmos y el obispo Zumárraga temía el colapso de la justicia, la Virgen de Guadalupe transformó el sacrificio ritual indígena y la violencia del conquistador en la esperanza y el consuelo en la ternura del verdadero Dios. Ella no reemplazó una cultura por otra, sino que hizo posible que el cristianismo se inculturase, para los dos pueblos, en la nueva, y tantas veces trágica, realidad hispanoamericana. ●



Juan Diego despliega su tilma ante el arzobispo para entregarle las rosas de Castilla que había recogido en el monte Tepeyac, descubriendo ambos, admirados, la imagen de la Virgen de Guadalupe. Estampa conmemorativa de la canonización de Juan Diego (13 de julio de 2002).

Evangelización

El *ordo amoris* de S. Agustín no justifica el pensamiento xenófobo de J. D. Vance

José Luis González Miranda

En enero de 2025, amparándose en el concepto de «ordo amoris» acuñado por San Agustín, el vicepresidente de los Estados Unidos, J. D. Vance, trató de justificar la denigrante expulsión de migrantes de los EE. UU. El autor, sacerdote y coordinador durante años de la Red Jesuita con Migrantes de Guatemala, rebatió de forma contundente esta tergiversación en un riguroso artículo (publicado en la revista Estudios Migratorios Latinoamericanos, n.º 32, 2025) del que extraemos algunas ideas clave. Las palabras son del autor, el título, los epígrafes y la selección, nuestros.

I. El *ordo amoris* excluyente de J. D. Vance

Su toma de postura

J. D. Vance no solo es católico (se convirtió al catolicismo en 2019), sino que también es admirador de san Agustín, hasta el punto de que lo eligió de patrón en su confirmación. Sin embargo, considera que el concepto agustiniano del *ordo amoris* justifica el objetivo *America First* («América primero») propuesto por los teóricos del movimiento MAGA (*Make America Great Again*) y, por consiguiente —así lo piensan—, la expulsión de migrantes y otras medidas tan drásticas como el cierre de la Agencia de Ayuda al Desarrollo de los Estados Unidos (USAID).

Esta concepción del *ordo amoris* se puede visualizar como una serie de círculos concéntricos «de amor»: primero, amor a la familia, luego al prójimo, luego a la comunidad, luego a los conciudadanos en su propio país y luego al resto del mundo.



Contra S. Agustín

Para san Agustín, el amor puede estar, en efecto, ordenado o desordenado: «Vive justa y santamente el que estime en su valor todas las cosas. Este será el que tenga el amor ordenado de suerte que ni ame lo que no deba amarse, ni deje de amar lo que debe ser amado, ni ame más lo que se debe amar menos, ni ame con igualdad lo que exige más o menos amor, ni ame, por fin, menos o más lo que por igual debe amarse».

No es problema discernir si amar más a Dios o al equipo de fútbol. El desorden consiste en amar realidades menores más que a Dios. El problema surge al optar entre personas a las que se puede ayudar cuando los recursos no alcanzan para todos.

Agustín aborda este problema bajo el epígrafe «A quien se debe socorrer *cuando no se puede a todos*». Dice: «Todos deben ser amados igualmente, pero *cuando no se puede* socorrer a todos, ante todo se ha de mirar por el bien de aquellos que, conforme a las circunstancias de lugares y tiempos de cada cosa, se hallan más unidos a ti como por una especie de suerte» (San Agustín, *De la doctrina cristiana*).

El vicepresidente de la mayor potencia mundial afirma que no alcanza para todos y, por ello (*America First*) hay que expulsar a los migrantes. Para Vance, el gobierno de Estados Unidos «no puede» en el sentido agustiniano.

Sin embargo, el norte de África, donde vivía san Agustín, se llenó de inmigrantes que huían del saqueo de Roma¹: «He aquí que, con el favor de Dios, estamos en el invierno. Pensad en los pobres, en cómo vestir a Cristo desnudo [...] Cada uno de vosotros espera recibir a Cristo sentado en el Cielo; vedle yaciendo en un portal; vedle pasando hambre, frío; vedle pobre, inmigrante» (Sermón 25, § 8).

Resulta incomprensible justificar el «América primero» cuando Trump anuncia que rescatará al gobierno argentino con 20 mil millones de dólares. ¿Por qué mantienen 128 bases militares por el mundo? ¿No dice que Estados Unidos ha de centrarse en ayudarse a sí mismo? Otra incoherencia es que la ofensiva anti migratoria de Trump golpea el mercado laboral de los EE. UU. y

¹ Efectivamente, el líder godo Alarico saqueó Roma en el año 410. Este saqueo se esgrime por la ultraderecha actual como espantajo histórico del peligro que suponen los “bárbaros”. Pero olvidan, como nos recuerda el autor en su artículo (y aquí no tenemos espacio para reproducir su argumentación completa), que Alarico fue un fiel aliado del Imperio Romano hasta que, harto de traiciones a su pueblo por parte del emperador, se rebeló contra Roma (y ganó).

su economía se resiente. Más de cien empresarios han ido al Congreso a advertir de la falta de mano de obra.

Contra santo Tomás

Ocho siglos después, el sabio dominico retomó el concepto de Agustín, lo tituló «el orden de la caridad» (*Summa Teologica* II-II, q. 26). Para nuestro tema de la migración, no nos interesa si debemos amar más a nuestro cuñado que a nuestra prima, pero sí es importante saber si santo Tomás nos pide limitar el amor al migrante, amarlo menos que al compatriota, que es la idea de Vance. De hecho, santo Tomás dice: «Debemos amar más a aquellos con quienes estamos más estrechamente unidos por la sangre, el lugar y la amistad» (*Ibidem*).

Pero esto no es más que seguir la ley natural. La ley de Cristo que muestra el Evangelio supera esos lazos naturales ante una necesidad o una urgencia. El mismo santo Tomás lo afirma: «[...] debe entenderse que, en igualdad de condiciones, se debe socorrer a quienes están más estrechamente relacionados con nosotros. Y si de dos, uno está más estrechamente relacionado y el otro más necesitado, no es posible decidir, mediante una regla general, a cuál de ellos debemos ayudar, ya que existen diversos grados de necesidad, así como de conexión; y el asunto requiere el juicio de una persona prudente» (*Ibidem*).

El criterio «familiar» de Vance no es el único criterio para ordenar el amor, ni para san Agustín ni para santo Tomás. Nadie debería dudar de si va mejor a visitar a su padre que juega naipes con sus amigos o va a ayudar a una familia que duerme en la calle. La necesidad humana manda. La fragilidad nos hace hermanos y nos lleva hacia Dios, que es a donde santo Tomás insiste en que nos debe conducir el orden de la caridad.

Cuando ordenar el amor significa dejar de amar

La idea de Vance, aunque utiliza la palabra en latín *ordo*, no va en el sentido de ordenar, sino de limitar, pues pretende justificar políticas que eliminan la cooperación exterior (supresión de USAID) y restringen la ciudadanía.

Tampoco significa priorizar, sino excluir, pues no propone una supuesta neutralidad (no amar al extranjero), sino que, tal como se ha visto en declaraciones de esas mismas autoridades, en la práctica se trata de odiar: criminaliza, identifica migración con delincuencia, aumenta la xenofobia y la aporofobia, etc.

Tampoco hay un orden de más o menos amor, sino un claro fin de rechazar. Ese rechazo ni siquiera se intenta esconder, pues el éxito de esas políticas depende de que provoquen miedo real: persecución, detenciones en iglesias, escuelas, lugares de trabajo, e incluso cuando van a una cita con un juez.

Ese egoísmo que intenta ser moral es objeto de dura crítica por Stephen J. Pope: «En su relato [de J. D. Vance], el *ordo amoris* trata sobre cómo debe distribuirse nuestra limitada capacidad de amar, sugiriendo una inevitabilidad casi metafísica: que se agote sin dejar *nada* para las personas vulnerables al margen de la

Vance respondía a un contexto doble: eliminación de ayudas a otros países ante la suspensión de la USAID y, por otro lado, la expulsión de inmigrantes indocumentados. Respecto del primer grupo, el Programa Mundial de Alimentos ha anunciado que la falta de fondos debida al cierre de la USAID hace que el presupuesto baje 40% este año, afectando gravemente a poblaciones en crisis de hambre en seis países: Afganistán, Congo, Haití, Somalia, Sudán y Sudán del Sur. Habrá más hambre y más armas, pues los presupuestos para armamento han aumentado exponencialmente con los nacionalismos y las presiones de Estados Unidos para vender sus equipamientos militares. La USAID se desmanteló totalmente

el 1 de julio y *The Lancet* publicó un estudio que detalla las consecuencias trágicas para millones de beneficiarios en todo el mundo, como enfermos de malaria, tuberculosis y VIH, o los programas de vacunación que ya no serán financiados. De modo que este supuesto *ordo amoris* provocará la muerte en comunidades de origen de la migración.



Agentes de ICE (la policía migratoria de los EE. UU.) detienen a una migrante indocumentada. Captura de un noticiero, 2026.

sociedad. Esto no es más que una fachada para una moralidad grupal limitada y egoísta, que dista mucho de la explicación del orden del amor propuesta por Tomás de Aquino y ampliada por la doctrina social católica» (artículo publicado en la *revista América*).

Stephen J. Pope nota que Vance reduce el amor a donar o no donar recursos. Cerrar programas de la USAID es un tema que se puede discutir, pero más grave aún —desde el punto de vista cristiano— es la falta de reconocimiento de la otra persona, el irrespeto a su identidad, el desdén de sus valores.

El racismo se ha exacerbado y las imágenes de humillación se han buscado deliberadamente: juegos de caza de Pokémon... bromas despectivas de la Casa Blanca ridiculizando a un migrante... rotura de los vidrios de autos en las detenciones..., o imágenes de caimanes alrededor del centro de detención en Florida (*Alligator Alcatraz*). Todo ello no es en principio economía, sino cultura, bienes espirituales o emocionales mancillados.

La otra población meta del *ordo amoris* nacionalista se encuentra en el interior de Estados Unidos y es usada por otros políticos en otros países de destino: las personas migrantes indocumentadas. Sobre ellas recae sufrimiento, clandestinidad, criminalización, separaciones familiares y hasta muerte. La mayoría de las personas detenidas por ICE desde enero no son delincuentes, por más que la propaganda gubernamental así las presente. La mayoría no tiene antecedentes penales. Sin embargo, lo que busca Trump es crear miedo. Ya lo advertíamos al inicio de su primer periodo de gobierno. Porque —aquí está la clave— Estados Unidos y Europa necesitan mantener su economía con «migrantes con miedo», es decir, que no protesten por sus condiciones laborales y humanas ante el temor a ser expulsados. Por eso la mayoría de los países firmó hipócritamente los *Pactos Globales de Migración y Refugio* (2018): porque no eran vinculantes y porque el «mantra tecnocrático» era «migración segura, ordenada y regular», lo que significa que quien ordena y regula son los Estados, y la seguridad que se busca no es la del migrante sino la de los Estados.

Cuando la víctima es el culpable

Algunos católicos norteamericanos y europeos acusaron al papa Francisco de «inmigracionista» (promover la migración), es decir, de llevar migrantes a Europa y a Estados Unidos.

La enseñanza de la Iglesia exige el derecho a no migrar. Desde *Rerum novarum* lo piden todos los papas. El papa Francisco no ha sido inmigracionista. Pidió acoger humanamente a quienes ya están en países de destino.

Pero, además, si una persona no dispone en su propio país de condiciones mínimas de desarrollo, es necesario no impedir el derecho natural a migrar. No están en contradicción estos dos derechos. Es la persona la que debe valorar dónde sustentarse ella y su familia. Si negamos la acogida al forastero, estaremos en el juicio con los cabritos: «fui forastero y no me recibiste» (Mt 25).

Por lo tanto, al reflexionar en el hacia «quiénes» va dirigido el *ordo* de Vance, dos principios cristianos se incumplen en su interpretación: la dignidad humana y la fraternidad universal. Los dos emergen de un solo hecho: ser hijos de Dios. Es esto lo que más sorprende que falte en el *ordo amoris* supremacista.

II. Jesús supera el ordo amoris excluyente

Supera el círculo de la familia

Los círculos concéntricos fueron rotos por Jesús en muchas ocasiones. Jesús no se dejó encerrar en el primer círculo, la familia: «todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12,46-50).

Jesús pide a sus discípulos salir del *ordo amoris* cerrado y excluyente. Pide a sus discípulos: abrirse a los pobres, tal como León XIV lo ha recordado en su primera Exhortación apostólica *Dilexi Te*. «Cuando des un banquete», dice Jesús, invita a los pobres y a los que no te pueden devolver el favor, y «no invites a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos» (Lc 14, 12-14). No es que Jesús sea un loco que abandona a los suyos. Pide no olvidar a los suyos, pero abrirse a la nueva fraternidad. Critica a quienes abandonan a sus padres excusándose con otras normas (Mc 7, 9-13). No obstante, no exige amar solo a la familia olvidando lo demás, sino que amplía la fraternidad (Mt 12,46-50).

Jesús pide lo «perfecto» (ama al enemigo) por sobre lo «natural» (ama a quien te ama). El *ordo amoris* familiarista y nacionalista es ley natural: es natural amar más a la familia y a los cercanos. Lo hacen los animales.

Pero amar solo a los que nos aman, dice Jesús, «¿qué mérito tiene? También los cobradores de impuestos lo hacen» (Mt 5, 46). Han pasado dos mil años y los que hoy cobran impuestos al resto del mundo (aranceles) piensan también en amar solo a los cercanos. La diferencia con aquel César es que hoy el emperador y su gobierno se consideran cristianos que cumplen con el orden del amor.

Supera el círculo de los amigos

«[...] han oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y no harás amistad con tu enemigo”. Pero yo les digo: amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores, para que así sean hijos de su Padre que está en los Cielos. Porque él hace brillar el sol sobre malos y buenos, y envía la lluvia sobre justos y pecadores» (Mt 5, 43-45). Y concluye llamando a la radicalidad del evangelio que trasciende lo «natural»: «Sean, pues, perfectos, como su Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 43-48).

El círculo más alejado de nuestro amor son los enemigos. Hasta ese muro hay que abatir. A quienes aplican a las personas migrantes la «ley de enemigos extranjeros», hay que leerles esto de Juan Pablo II: «Por tanto, (el prójimo) debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuestos al sacrificio, incluso extremo: “dar la vida por los hermanos”» (cf. 1 Jn 3, 16) (SRS 40).

Supera el círculo de la nación

Los primeros cristianos dudaban de si Jesús había venido solo para los judíos. El *ordo amoris* nacionalista es derrotado por Pablo, migrante e hijo de migrantes, apasionado por hacer hermanos a los extranjeros, como Trófimo, de Éfeso. Acusan a Pablo de meter a Trófimo en el templo, adentro del muro de los gentiles (Hch 21, 29). Lo apresan por pasar un muro contra extranjeros y lo ejecutan «fuera de los muros» de Roma. Pablo murió tras lograr que la Iglesia no se quedara cómoda en el *ordo amoris* exclusivo y excluyente de los judíos.

Un ordo amoris expansivo e inclusivo

Algunos defensores de Vance usan la primera carta a Timoteo: «Quien no se preocupe de los suyos, especialmente de los de su casa, ha renegado de la fe» (1 Tim 5, 8). Pablo pide no quedarse ahí. Sus amigos Priscila y Aquila son un ejemplo de hogar abierto a los demás. En *Familiaris consortio* Juan Pablo II insiste en que la familia no se cierre a las necesidades de los demás.

Otros toman solamente de la carta a los Gálatas el texto que dice «hagamos el bien a todos, y especialmente a los de casa, que son nuestros hermanos en la fe» (Gal

6, 10). Ignoran el «hagamos el bien a todos», que es lo que explícitamente ha evitado el movimiento MAGA al anular la USAID y los programas de ayuda social. Se oculta que la carta a los Gálatas es *universalista*. Hay superación de límites que separan: «Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer, pues todos ustedes son uno en Cristo Jesús» (Gal 3, 28). Para Pablo, el prójimo no es solo el próximo.

III. Factores teológico-pastorales de expansión e inclusión

La opción preferencial por los pobres

Los círculos se abren ante la «opción preferencial por los pobres», ante la necesidad del otro, sea compatriota-prójimo o sea extranjero, como vimos al hablar de santo Tomás, que cruza el criterio de necesidad con el de proximidad. La sirofenicia, el centurión, la samaritana son extranjeros. En esos encuentros se superan barreras por imperativo de una *necesidad*: un siervo en agonía o una hija enferma. También la necesidad del mismo Jesús: su sed le hizo pedir agua a la samaritana y por eso rompió la frontera cultural-religiosa que impedía a un judío hablar con una mujer en el camino o en un pozo. En el caso de la sirofenicia, Jesús ya está en territorio de Tiro y Sidón, ya ha pasado la frontera. Con ello muestra que no ha venido solo por las ovejas de Israel. Fue Jesús el que se acercó, aproximándose en el sentido de aproximar que el papa Francisco dio a este neologismo: aproximarse a la necesidad.

La teología trinitaria

La interpretación de Vance no concierne con la teología trinitaria que explica que las tres personas de la Santísima Trinidad, en vez de amarse solo dentro de sus fronteras intratrinitarias, deciden que el Hijo se encarne (no solo en la humanidad, sino en los pobres) para que el amor de la Trinidad se expanda y se abra a toda la humanidad y a toda la creación. No hubiera habido encarnación si la Trinidad hiciera suyo el lema «América primero» como «la Trinidad primero».

Por lo tanto, *ordo amoris* re-

plegado y no expansivo no es cristiano porque no es trinitario. Es en el mismo evangelio donde encontramos que el modelo de nuestro amor ha de ser el amor de Dios-Trinidad cuando Jesús pide «que todos sean uno... como nosotros somos uno» (Jn 17,21-22).

El bien común

La familia cristiana ha de buscar el bien común. Juan Pablo II insiste en que el amor de la familia no puede ser cerrado, tiene un papel social y político, comenzando por abrirse a la hospitalidad (FC 44), a construir un nuevo orden internacional (FC 48) y a los pobres: «La familia cristiana está llamada... a ofrecer a todos un testimonio de dedicación generosa y desinteresada a la causa social, mediante una opción preferencial por los pobres y desfavorecidos» (FC 47).

El destino universal de los bienes

Está ausente también el principio del *destino universal de los bienes* (GS 69) en el planteamiento del *ordo amoris* de los católicos MAGA. Es el principio que justifica el derecho a migrar. Benedicto XVI, en *Caritas in Veritate*, hace referencia a *La Ciudad de Dios* de san Agustín, a donde son llamadas personas de todas las

	<i>Ordo amoris tribal (Vance)</i>	<i>Ordo amoris samaritano (León XIV)</i>
Lógica	Excluyente	Inclusiva
Imagen	Círculos concéntricos centrípetos (hacia dentro) Esferas	Círculos concéntricos centrífugos (hacia afuera) Poliedro
Alcance	Familiarista y nacionalista	Universalista
Fundamento	Ley natural Amar a quienes te aman	Mandamiento nuevo Amar incluso a los enemigos
Objetivo	Separación	Reconciliación
Estrategia	Alejarse/alejarlos	Aproximarse
Mentalidad	Supremacismo (razas superiores)	Fraternidad (misma dignidad)
Efectos	Fuente de hostilidad	Fuente de hospitalidad
Migrantes Extranjeros	Son enemigos, delincuentes	Son hermanos: «avanzadilla de los pueblos hacia la fraternidad universal» (JP II)

naciones para formar la familia humana.

La caridad política

La visión de Vance del *ordo amoris* muestra un enfoque individualista, apolítico y desmemoriado. La Doctrina Social de la Iglesia no reduce el amor a la atención «individualista», sino que plantea la *caridad política* que Pío XI pedía ya en 1927 para las organizaciones sociales frente a las estatales, enfrentándose a Mussolini, que no quería cuerpos intermedios entre el individuo y el Estado. Para el totalitarismo, de derechas y de izquierdas, el tejido social sobra, es decir, los círculos concéntricos desaparecen para dejar solo dos: el individuo y el Estado. Y solo el Estado hace política.

La caridad política debe atacar las causas estructurales que causan el mal, el armamentismo, la guerra, la inequidad y la injusticia, en definitiva, las *estructuras de pecado* que Juan Pablo II denunciaba (SRS 36) y que el *ordo amoris* de Vance prefiere ignorar.

León XIV [citando la *Evangelii Gaudium* de Francisco] recuerda esas causas estructurales en el *Discurso a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares* (23/10/2025): «Porque, “mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales” (EG 202)».

Por lo tanto, el amor-caridad no es solo asistencialismo, que puede ser útil en urgencias humanitarias. León XIV, comentando la parábola del buen samaritano, no se olvida de las causas, los asaltantes: «El camino que recorre ese hombre, “de Jerusalén a Jericó”, es el camino que recorren todos aquellos que se hunden en el mal, en el sufrimiento y en la pobreza». Es «el camino de tantos pueblos despojados, robados y saqueados, víctimas de sistemas políticos opresivos, de una economía que los condena a la pobreza, de una guerra que mata sus sueños y sus vidas» (León XIV, *Homilía sobre la parábola del buen samaritano*, 13/7/2025).

Dios es Amor

Vance no nombra a Dios en su formulación del *ordo amoris*. Para Agustín el «orden» no es solamente una disposición de las cosas, sino una dirección hacia Dios, que está en todos los círculos, desde el más íntimo («Dios es más íntimo que mi intimidad») hasta el más externo, una humanidad unida en la ciudad de Dios.

Para muchos cristianos Dios es un círculo más. Pero no. Está en todos los círculos: en el amor de la pareja, en el amor filial a los hijos y el de estos a su madre y a su padre, en el amor a parientes, vecinos, amigos, compañeros de trabajo o de estudio, paisanos del mismo municipio, provincia o región..., hasta llegar al amor a los enemigos. Dios está en todos ellos si es un amor entregado hasta el final «como él nos amó». Por eso ese mandamiento es «nuevo», porque amar a los más cercanos lo hace el *homo sapiens* desde su origen, mucho antes de que naciera Jesús. El *ordo amoris* de san Agustín y de santo Tomás toma en cuenta la trascendencia, la superación del mero amor egoísta humano para que la humanidad avance hacia el *agape* universal, lo que el papa Francisco en la citada carta a los obispos de Estados Unidos llama «una fraternidad abierta a todos, sin exclusión».

Ediciones "Voz de los sin Voz"

NUESTRA VOZ TU VOZ SOLIDARIA



Somos una pandilla de amigos, una asociación de la Iglesia Católica, convencidos del poder de la debilidad unida. Esta unión ha hecho posible:

- Unas ediciones libres de censuras, al servicio de la verdad y la promoción de los empobrecidos desde la Justicia Norte-Sur;
- Unas ediciones con una larga tradición de lucha solidaria;
- Unas ediciones sencillas y dignas al servicio de los más débiles de la sociedad;
- Unas ediciones sólidas que van a cumplir 45 años;
- Unas ediciones diversas que incluyen libros, revistas, página web y plataforma digital;
- Unas ediciones sin ánimo de lucro, pensando sólo en el respeto y el cultivo de nuestra máxima dignidad como personas,
- Unas ediciones al servicio de los que no

Avda. Monforte de Lemos 162 -28029 MADRID- Tlf: 91 373 40 86
administracion@solidaridad.net / www.solidaridad.net

Jubileo franciscano: contemplación que transforma

Antonio González

En el marco del Jubileo dedicado a San Francisco de Asís, proclamado por León XIV, la Iglesia atraviesa un tiempo propicio para volver al corazón del Evangelio. Las charlas recientes en el Vaticano sobre el Jubileo, impartidas por el padre Pasolini han devuelto brillo a una intuición que marcó profundamente la vida del santo: seguir a Cristo implica reconstruir lo que está herido. Francisco no es un recuerdo del pasado, sino un testigo que ilumina el presente. Su vida propone unir contemplación y lucha, oración y justicia, ternura y firmeza. En este tiempo jubilar, su legado se convierte en un camino para renovar la fe y fortalecer la solidaridad como virtud imprescindible en la vida cristiana y social.

Un hombre convertido que convierte el mundo

La historia de san Francisco es la historia de un corazón que aprende a mirar de nuevo. Su juventud cómoda y ambiciosa se quebró el día en que se encontró frente al rostro de un leproso. Aquel instante lo despojó de las ficciones con las que se protegía del dolor humano. En el gesto audaz de acercarse al enfermo descubrió que la verdadera grandeza no consiste en conquistar honores, sino en abrazar y servir. Ese encuentro fue su primera "pasión": el comienzo de una conversión que lo acompañaría toda la vida.

Su transformación no fue una simple reforma moral ni un impulso pasajero. Fue una apertura radical a la obra de Dios. El padre Pasolini ha insistido en que Francisco no se convirtió desde un escrúpulo religioso, sino desde una experiencia interior que lo llevó a reconocerse vulnerable, necesitado, hermano entre hermanos. Desde esa herida sanada nació una libertad nueva que lo lanzó hacia los márgenes. No buscaba una espiritualidad evasiva; quería comprender el mundo desde abajo, desde aquellos que no cuentan, desde los olvidados.

Esa dinámica sigue interpelando hoy a la Iglesia y al creyente. La conversión franciscana exige ver la reali-

dad sin filtros, tocar las heridas del otro y dejar que ese contacto transforme nuestras prioridades. Supone la valentía de abandonar privilegios que nos separan, la humildad de reconocer nuestras sombras y la decisión de vivir con la coherencia del Evangelio. Francisco nos recuerda que la fe es fecunda cuando se convierte en misericordia, en justicia concreta, en cercanía que restaura. Su vida muestra que un corazón cambiado puede convertirse en una fuerza social que humaniza, dignifica y abre esperanza, especialmente en tiempos que reclaman solidaridad real y no solo proclamada.

Fundamentos para una sociedad nueva

En el corazón de la espiritualidad franciscana se encuentra la «minoridad». Francisco comprendió que la grandeza ante Dios no nace del poder, sino del servicio humilde. Ser «menor» no es ser menos, sino colocarse en el lugar donde es posible escuchar, acompañar y compartir. La minoridad desactiva la soberbia y rompe la lógica de las jerarquías como instrumento de dominación. En ese espíritu, Francisco descubrió que su autoridad no provenía de un cargo, sino de una vida sencilla, transparente y entregada.

Desde esta raíz surge la fraternidad universal, quizá la aportación más luminosa del santo a la historia espiritual y social. Francisco no concebía el mundo como una lucha de intereses enfrentados, sino como una casa común donde cada persona posee una dignidad irrepetible. No veía enemigos irreconciliables, sino hermanos extraviados. Su fraternidad no es un concepto abstracto: se hace real en el compartir cotidiano, en la escucha humilde, en la decisión de caminar juntos incluso en medio de las diferencias.

No buscaba una espiritualidad evasiva; quería comprender el mundo desde abajo, desde aquellos que no cuentan, desde los olvidados



Fresco del Monasterio de San Benedetto en Subiaco, Italia (1223-1224), el más antiguo que se conserva de san Francisco, dos años antes de su muerte. Se considera que el artista pudo haberlo visto en persona o basarse en una descripción directa. Coincide con las crónicas de la época, como la de Tomás de Celano. Su cinturón, una cuerda simple con nudos, es el símbolo de la orden naciente.

En esta fraternidad, la solidaridad ocupa un lugar central. Para Francisco, solidarizarse no era un acto puntual, sino una manera de vivir. Significaba cargar con la necesidad del otro, reconocer que la vida humana es interdependiente y que el bien individual nunca puede separarse del bien común. La solidaridad franciscana no es paternalismo ni beneficencia: es cercanía que dignifica, servicio que une, compromiso que reconstruye los vínculos sociales rotos. En un tiempo marcado por desigualdades y polarizaciones, esta virtud se vuelve decisiva para regenerar nuestras comunidades.

Nuestra sociedad, atravesada por tensiones políticas, incertidumbres económicas y aislamiento afectivo, necesita esta propuesta de minoridad y fraternidad. Nos invita a romper la dinámica del enfrentamiento y a construir vínculos basados en la dignidad de cada persona. No basta con hablar de justicia: es necesario ejercitarla. No es suficiente querer una sociedad más

La solidaridad franciscana no es paternalismo ni beneficencia: es cercanía que dignifica, servicio que une, compromiso que reconstruye los vínculos sociales rotos

fraterna: hay que trabajar por ella desde lo cotidiano, desde la cercanía y la escucha, desde la verdad y la transparencia. La minoridad y la fraternidad constituyen hoy una alternativa real para transformar ambientes familiares, laborales, comunitarios y eclesiales.

Paz que nace de la verdad

El saludo habitual de Francisco —«El Señor te dé la paz»— era a la vez anuncio y compromiso. No se trataba de una frase amable, sino de la expresión más clara de su misión. En tiempos marcados por guerras, rivalidades y tensiones, él decidió caminar en dirección contraria. Para Francisco, la paz no era la ausencia de conflicto, sino la presencia activa de la verdad, la justicia y el amor.

Su encuentro con el sultán Malik al-Kamil es emblemático: dos hombres de mundos enfrentados se reconocieron con dignidad. Francisco no fue a debatir ni a imponer su fe; fue a escuchar, a dialogar, a tender un puente donde otros veían un abismo. Su paz era fruto de la valentía, pero una valentía que no hiere: una valentía dialogante, lúcida, sincera.

Esa visión es profundamente actual. En un mundo donde crecen el resentimiento social, la polarización y la violencia verbal, la propuesta franciscana recuerda que la paz exige transparencia, escucha y compromiso. Requiere decir la verdad sin destruir, denunciar la injusticia sin odio, abrir caminos de diálogo incluso cuando parece imposible. La paz es también una forma de solidaridad: implica cargar con las heridas del otro, anteponer el bien común al interés personal y renunciar a la comodidad para proteger la dignidad ajena.

Construir la paz implica gestos diarios: perdonar, reparar, acompañar, escuchar antes de juzgar, servir sin esperar recompensa. Como ha señalado Pasolini, la paz es un trabajo artesanal hecho de gestos pequeños que, sumados, pueden transformar comunidades. La paz franciscana no es pasiva: es un acto de valentía nacido de un corazón contemplativo.

Contemplar para implicarse, implicarse para transformar

Mirar a san Francisco en este Jubileo es redescubrir una fe que une contemplación y acción. La oración, la escucha y la sencillez no son una huida del mundo, sino la fuente de una vida comprometida. Contemplar no significa cerrar los ojos a los problemas, sino abrirlos de un modo nuevo: dejarnos afectar por la realidad, descubrir las heridas y asumir nuestro papel en su sanación.

Este espíritu implica comprometerse con gestos concretos de solidaridad: acompañar al que sufre, defender la dignidad del más frágil, construir relaciones que sostengan la fraternidad y trabajar por el bien común desde lo cotidiano. La solidaridad, entendida como virtud persistente, no se limita a momentos extraordinarios; es un estilo de vida que orienta nuestras decisiones hacia la justicia y la cercanía.

Francisco muestra que la contemplación alimenta la acción, y que la acción sin contemplación se agota. La fe se hace visible en la coherencia de la vida, en la capacidad de transformar pequeños gestos en semillas de esperanza. El Jubileo nos llama a ser creyentes que actúan con manos generosas y corazón despierto. A unir ternura y firmeza, oración y compromiso, humildad y valentía.

Contemplar para implicarse e implicarse para transformar: ese es el núcleo del camino jubilar. En tiempos de incertidumbre, la espiritualidad franciscana ofrece una brújula que orienta hacia una sociedad más solidaria y más humana. Un camino en el que la fe se convierte en servicio, la fraternidad en vínculo y la paz en tarea diaria. Un camino para reconstruir lo que está herido, empezando por nosotros mismos y extendiéndose a quienes esperan una palabra de aliento, un gesto de justicia y una mano cercana. ●

En un mundo donde crecen el resentimiento social, la polarización y la violencia verbal, la propuesta franciscana recuerda que la paz exige transparencia, escucha y compromiso

Proyecto Solidario de promoción humana en Perú

MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO

25 años
de promoción militante con los empobrecidos en Venezuela

¡Hazte socio de nuestro proyecto misionero!

<https://solidaridad.net/socio-misiones/>

CAMPAÑA POR LA JUSTICIA NORTE-SUR EN LAS RELACIONES HAMBRE PAREO ESCLAVITUD INFANTIL

No matarás

MOVIMIENTO CULTURAL CRISTIANO



AÑO JUBILAR FRANCISCANO

10-01-2026/10-01-2027

«En esta época, marcada por tantas guerras que parecen interminables, por divisiones internas y sociales que crean desconfianza y miedo, él sigue hablando. No porque ofrezca soluciones técnicas, sino porque su vida indica la fuente auténtica de la paz [...] La visión franciscana de la paz no se limita a las relaciones entre los seres humanos, sino que abarca toda la creación [...] La paz con Dios, la paz entre los seres humanos y con la Creación son dimensiones inseparables de una única llamada a la reconciliación universal».

León XIV. *Carta con motivo de la apertura del VIII centenario del tránsito de S. Francisco de Asís* (10-01-2026).